

1951

Amadísimos hermanos

1.-Vamos a hacer un breve, brevísimo comentario del misterio que la Iglesia conmemora en el día de hoy con tanto aparato externo, con tanto alborozo, con tanto regocijo, secundando la consigna de la Iglesia misma, que en el Martirologio Romano nos presenta esta festividad con las siguientes palabras: "Es este día que hizo el Señor, la solemnidad de las solemnidades y nuestra pascua, la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo según la carne" y en el introito de la misa "en este día que hizo el Señor regocijémonos y alegrémonos en él. Confesad al Señor, porque es bueno; porque es eterna su misericordia".

Estos días pasados y en un ambiente de recogimiento y de luto hemos seguido el proceso de los últimos días de su vida que culminan en la tragedia del Calvario. Hemos considerado la derrota, la ruina del Señor ya que con su muerte en la cumbre del Calvario parecieron quedar desbaratados todos sus planes, pareció triunfar definitiva y categoricamente la iniquidad, la injusticia y la muerte. Pero llega la mañana radiante y gloriosa de la resurrección y este triunfo del Señor es la garantía y la promesa solemne de que nunca triunfarán con carácter definitivo, con carácter permanente ninguna de las fuerzas que pueda desatar el demonio, ni la injusticia ni los males de este mundo podrán prevalecer contra el bien, la verdad y la providencia.

Esta es, amadísimos fieles, la primera lección consoladora que se encierra en este misterio del triunfo de Jesucristo N.S. En verdad una lección que necesitamos recordar constantemente los que luchamos en este mundo contra tantos elementos, una lección que necesitamos tener presente los que nos sorrendemos de que nuestras ansias de justicia, de vida quedan a veces frustrados temporalmente. El viernes santo puede prolongarse a veces un poco más de lo esperado o de lo deseado, pero nunca hasta el punto de que la vida termine en un calvario sin el epilogo de la resurrección. Almas que sufren, almas angustiadas, almas contrariadas saben que efectivamente la vida no merece la pena de vivirse sin la perspectiva de la mañana gloriosa de la Resurrección.

2.- Qué realista era aquel gran apóstol S. Pablo, a quien bien le podemos considerar como testigo excepcional del hecho de la resurrección de N.S. Jesucristo. El había evangelizado a los corintios, les había hecho cristianos, pero tuvo que ausentarse de ellos para evangelizar a otros pueblos. Se enteró de que en su ausencia habían surgido algunas dudas sobre el dogma de la resurrección de la carne. En efecto para los helenistas la inmortalidad del alma no ofrecía dificultad especial ya que esta inmortalidad había sido contenida en la enseñanza filosófica de sus más eminentes filósofos como Aristoteles y Platon, a quienes se consideraba como los grandes maestros. Pero no ocurría otro tanto con respecto a la resurrección de la carne, ya que la carne, el cuerpo se consideraba esencialmente corruptible y como lo malo, lo accidental del hombre. S. Pablo que se enteró escribió a ellos una carta donde les vuelve a recordar el misterio de la resurrección de J.N.S. como la garantía y la prueba de la resurrección de nuestra carne. "De qué me sirve a mí haber combatido en Efeso a la manera de los hombres contra las bestias feroces... Si no resucitan los muertos, comamos y bebamos que mañana moriremos..." "Hermanos, si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana, y nuestra religión es inútil. Somos los hombres más miserables."

Esta es la gran perspectiva que necesita el hombre. Ya lo comprendía S. Pablo como también comprendía el pensador pagano de nuestros tiempos que predicaba al superhombre. El hombre se axicia sin más horizontes que los temporales, los limitados.